

PAVON HECTOR, *El 11 de septiembre...de 1973*, Buenos Aires, Del Zorzal, 2003

Es digna de ser destacada la metodología múltiple que Héctor Pavón instrumenta para desarrollar la obra que aquí comento, cuya redacción ágil, amena y sólida invita a una lectura sin etapas. El tema, ya anunciado en el título, es relatado y reflexionado en sí mismo, y también en relación al efecto multiplicador de calamidades políticas, que acrecentó las miserias y genocidios de los países del mundo sojuzgados por un imperio que, no por primera vez, pero sí en territorio propio, sintió el terror de no ser invulnerable.

Hay dos 11 de septiembre, distanciados por veintiocho años, en los que hubo derrumbes de proporciones internacionales. Uno fue el golpe militar chileno de 1973, que pulverizó vidas e ideales alimentados desde un país latinoamericano que había accedido al socialismo por vía democrática. Esto no se toleraba desde el norte del hemisferio, ni desde corrientes extremas, locales, que oficiaron como lacayos para colaborar del trabajo sucio.

Varios años después, también un 11 de septiembre, el ataque a uno de los símbolos del poder hegemónico, en el 2001, pulverizó el resto de libertad que todavía permitía respirar el dispositivo de dominio estadounidense. Pues la inseguridad y el miedo que les sobrevino a los dueños del mundo a partir de ese derrumbe sangriento y espectacular los tornó más agresivos que nunca, siempre en la línea de su constante paranoia histórica. Máxime cuando siempre hicieron sus guerras externas bajo la mendaz excusa de defenderse “defiendo” a otros pueblos del nazismo, del comunismo, del terrorismo, o de las inconsecuencias de algún tirano que ellos mismos habían instalado en países invadidos y que -de pronto- dejó de resultarles funcional.

Un país con miedo se vuelve adicto a las armas y a su utilización como defensa anticipada de enemigos reales o virtuales, sobretodo si dispone de los medios para hacerse de ellas. A esto debe agregarse aún otra adicción, esta vez al espolio económico sobre los países desprotegidos. Pavón dice que los atentados de 2001 trajeron una rápida reacción y fueron, al contrario del golpe de Chile, el punto de partida del unilateralismo exarcebado del imperio americano, que con poder tecnológico, militar y económico ratificó su conducta totalitaria y utilizó los escenarios de Afganistán e Irak para convalidar su presencia militar y advertir al mundo de su poderío y prepotencia. También, por supuesto, para asegurarse el acceso a las reservas petrolíferas más importantes del mundo.

La metodología utilizada por el autor para el desarrollo de este tema científico social, se construye desde diversas técnicas. Hay investigación bibliográfica y periodística, hay testimonios tomados de otros autores, también de fuentes primarias, hay búsqueda digital. Hay mucha escucha. Se trabaja con información local e internacional, se reflexiona sobre lo relatado y se sacan conclusiones. Y, como el autor mismo lo confirmó el día de la presentación del libro, hay fecundas conversaciones con colegas, con amigos y con testigos directos del drama chileno. Este aspecto aparentemente “menos científico” y más emocional del trabajo es, sin embargo, el que le otorga una atractiva intensidad a la narración y a la reflexión.

De más está decir que este aspecto “subjetivo” se encuentra en investigaciones de cualquier disciplina, ya se trate de física, de biología o de ciencias formales, por nombrar sólo algunas. Pero ahí suelen estar camufladas, en cambio en el trabajo de Héctor Pavón la emoción atraviesa el discurso y se deja sentir. Porque la pasión forma parte de cualquier investigación y debería ser tratada con la misma seriedad con que se trata la adecuación, o no, de una teoría con sus consecuencias observacionales. Cuando Hegel dice que nada grande en el mundo se hace sin pasión, le está otorgando a este acontecimiento humano cierta necesidad metodológica de base para el intento de cualquier búsqueda, en este caso, una búsqueda del saber sobre el poder.

El libro está sostenido en una fuerte convicción política, en un compromiso evidente y en una toma de partido muy clara en la defensa de la autonomía que nuestros países deberían lograr en relación

al imperio. Es también una denuncia de la miseria en la que nos hundimos en beneficio de las potencias del norte e identifica alguno de los culpables chilenos, regionales y foráneos en el caso específico de la muerte de Salvador Allende (y todo lo que siguió y nos tocó padecer a partir de ella). Entiendo que se trata de una manera de poner en práctica la relación de la ética con la ciencia. Es como si el autor nos afirmará que está a favor de los oprimidos, de la democracia y de la independencia del imperio. Pero ello no impide que realice su trabajo con seriedad y fundamento, ni que se permita dejar de tomar recaudos para avalar, de una u otra manera, las proposiciones fuertes que emite en tanto comunicador de sucesos históricos contemporáneos.

El rigor en la investigación y lo doloroso de los sucesos analizados en el libro de Pavón, se intercalan con descripciones de escenas costumbristas, de historias de vida y de conversaciones imperialistas, en las que el destino de nuestros países parece dirimirse con una frialdad semejante al del profesional que dispone una partida de póker, en la que sabe - a priori - que no resultará perdedor. Hay también alguna ráfaga de humor, como cuando se relata que en la década de 1980, desde la Embajada de EEUU en Buenos Aires, comenzó a circular el siguiente chascarrillo:

- “¿Saben por qué en EEUU no hay golpes de Estado?”.
- “Porque no hay Embajada Estadounidense”.

El libro culmina aludiendo a las dos caídas evocadas por la fatídica fecha: la del socialismo democrático y la del poder simbólico representado por las dos torres. Hechos que han contribuido a la actual consagración de un pensamiento único que, erigido y propagado desde el centro del imperio, se disemina por todo el mundo con la mortífera rapidez de un misil.

ESTHER DIAZ